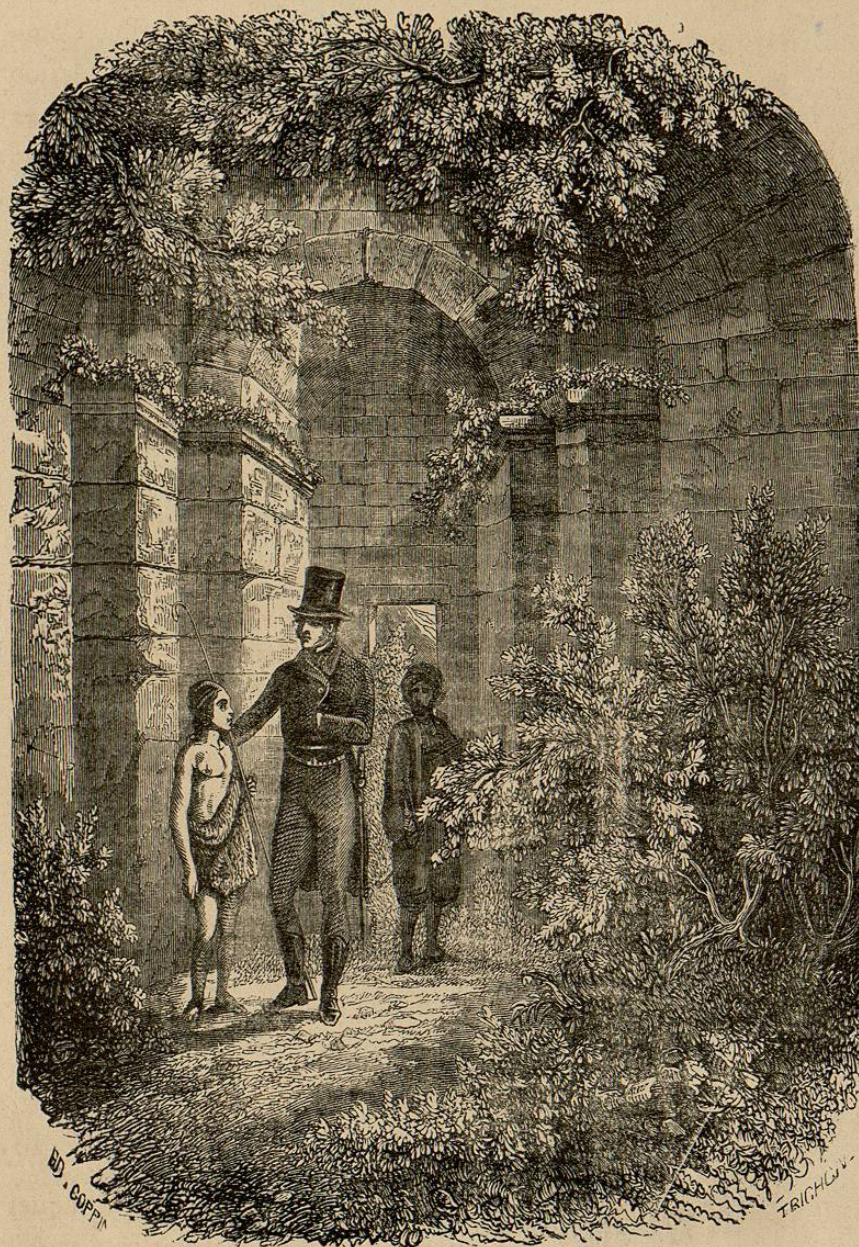


cion cuando entré en aquella ciudad extraordinaria. Como casi toda la gente lleva babuchas, y no se oye ruido alguno de coches, carros ni campanas, ni casi hay oficios que se sirvan del martillo; reina allí un perpetuo silencio. No se ven mas que cuadrillas de gente silenciosa, que parece quieren pasar sin que los conozcan, y como huyendo de la vista de su amo. Se pasa de continuo de un bazar á un cementerio, como si los turcos solo estuviesen allí para comprar, vender y morir. Los cementerios, que no tienen cerca alguna y se hallan en medio de las calles, son unos magníficos bosques de cipreses, donde anidan las palomas participando del sosiego de los muertos. De cuando en cuando se encuentran algunos monumentos antiguos que no tienen relacion alguna ni con los hombres modernos, ni con los nuevos monumentos que los rodean; y podria decirse que fueron traídos á aquella ciudad oriental por el poder de un talisman. No se advierte señal alguna de alegría, ni ninguna apariencia de felicidad; ni lo que se ve allí es un pueblo, sino una especie de rebañic, al que guia un iman y degüella un genízaro: ni hay mas placeres que los desordenados ni mas castigo que la muerte. El triste sonido de un bandolin sale algunas veces de un café, y si se entra en él, se hallan infames chicuelos ejecutando bailes obscenos delante de unas especies de monos sentados al rededor de unas mesillas. En medio de las prisiones y mazmorras se eleva un serrallo, como el Capitolio de la esclavitud; y se puede decir que una deidad cruel conserva allí cuidadosamente las semillas de la peste y las primitivas leyes de la tiranía. En torno de este templo vagan de continuo pálidos adoradores, que vienen á ofrecer sus cabezas á aquel ídolo. No hay cosa alguna que pueda sustraerles á aquel sacrificio: arrástrales allí una fuerza funesta; los ojos del



déspota atraen á los esclavos, como los de la serpiente á las aves con que se alimenta.

Se han hecho tantas descripciones de Constantinopla, que sería una locura el querer hablar yo de esta ciudad.¹ En Pera hay muchos mesones que se parecen á los de Europa, y los mozos que llevaban mi equipaje me condujeron á uno de ellos. De allí me trasladé al palacio de la embajada francesa. En Paris habia tenido el honor de ver al señor general Sebastiani, embajador de Francia cerca de la Puerta, y éste no solo se empeñó en que habia de comer con él todos los dias, sino que tambien me instó con mucha eficacia para que me hospedase en el palacio, á cuya delicadeza resistí por no abusar de tanta cortesanía. Los señores Franchini hermanos, primeros dragomanes de la embajada, me proporcionaron, por disposicion del general, los firmenes necesarios para hacer mi viaje á Jerusalem, y el señor embajador me dió además cartas de recomendacion para el padre guardian de la Tierra Santa y para los cónsules franceses en Egipto y en Siria. Y aun temiendo que me faltase dinero, me permitió que librase contra él letras de cambio á la vista siempre que me fuera necesario; en una palabra, añadiendo á estos servicios de la mayor importancia las atenciones de la política, quiso él mismo hacerme el obsequio de acompañarme para ver Constantinopla, tomándose la molestia de visitar conmigo los monumentos mas notables. Sus ayudantes de campo y todos los indivi-

¹ Pueden verse á ESTEBAN DE BIZANCIO; á GALLI, de *Topographia Constantinopoleos*; á DU CANGE, *Constantinopolis Christiana*; á PORTER, *Observations on the religion, etc. of the Turks*; á MOURADGEA D'OHSSON, *Cuadro del imperio otomano*; á DALLAWAY, *Constantinopla antigua y moderna*; á PABLO LUCAS, TEVENOT, TOURNEFORT; en fin, el *Viaje pintoresco á Constantinopla y á las orillas del Bósforo, etc. etc.*

duos de la legacion me obsequiaron tanto, que no sabia cómo corresponder; y hoy es un deber mio manifestar aquí toda mi gratitud.

No sé cómo debo hablar de otra persona no menos apreciable, y de quien era mi obligacion hacer el primer elogio. Su excesiva delicadeza iba acompañada de una gracia infinita y seductora, pero triste al mismo tiempo, como si presintiese su suerte malhadada; era, sin embargo, feliz, y una circunstancia particular aumentaba mas aún esta felicidad. Yo mismo tuve el honor de participar de esta alegría, que debía convertirse en luto. Cuando salí de Constantinopla Mad. Sebastiani se hallaba robusta, sana y llena de esperanza y de juventud, y antes de regresar á mi país ya no pudo aquella amable señora oír la espresion de mi reconocimiento.

.....Troja infelice sepultum
Detinet extremo terra aliena solo.

Por entonces habia en Constantinopla una diputacion de los padres de la Tierra Santa, que habian venido á reclamar la proteccion del embajador contra la tiranía de los comandantes de Jerusalem y estos padres me dieron cartas de recomendacion para Jaffa. Tambien tuve la dicha de que estuviese pronto para hacerse á la vela el navío donde iban los peregrinos griegos á la Siria. Hallábase en la rada y debia hacerse á la vela así que se levantase viento favorable; de modo que si hubiese verificado mi viaje á la Troade, como habia deseado, no hubiera podido hacer el de Palestina. Pronto arreglé con el capitan del buque el precio de mi viaje,¹ y el embajador me envió á bordo las pro-

Véase la nota C al fin del tomo.

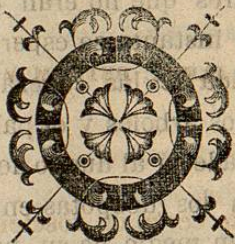
visiones mas esquisitas, y un intérprete griego llamado *Juan*, criado de los señores Franchini. Colmado, pues, de las mayores atenciones y favores, el día 18 de Setiembre á mediodía pasé á bordo del navío de los peregrinos.

Confieso que á pesar del buen trato que recibí en Constantinopla, me alegré mucho salir pronto de aquella ciudad, porque toda su hermosura se desvanecia á mi vista cuando pensaba que aquellas campiñas solo han sido habitadas por griegos del Bajo Imperio, y ahora por los turcos; y parecíame, por un contraste funesto, que esclavos tan viles ni tiranos tan bárbaros no debian jamás haber deshonrado tan bello país. El mismo dia que llegué á Constantinopla se verificó una revolucion, pues los rebeldes de Romelia habian llegado hasta las mismas puertas de la ciudad. Obligado Selim á ceder á la tempestad, habia separado y desterrado á los ministros que no eran de la devocion de los genizaros, y á cada instante se esperaba oír el cañonazo que anunciase la caida de las cabezas proscritas. Cuando yo contemplaba los árboles y el palacio del Serrallo, no podia dejar de compadecer al dueño de aquel imperio.¹ ¡Ah! ¡cuán miserables son los déspotas en medio de su opulencia, y cuán débiles en medio de su poder! ¡Ellos se complacen en hacer llorar á los hombres, sin recordar jamás que ellos tampoco están seguros, y sin poder disfrutar un momento de aquel mismo sueño de que privan á los desgraciados!

Así pues, no podia serme grata la permanencia en Constantinopla, porque yo deseaba recorrer aquellos lugares embellecidos por las virtudes y las artes, y ni uno ni otro

¹ El fin desgraciado de Selim ha justificado plenamente aquel impulso de mi compasion.

se hallaba en la patria de los Focas y de los Bayacetos. Pronto se cumplieron mis deseos, porque el mismo día en que me embarqué, nos hicimos á la vela á las cuatro de la tarde. Bogábamos con viento Norte, y nos dirigiamos á Jerusalem, á la sombra del estandarte de la cruz que ondeaba en los mástiles de nuestro navío.



TERCERA PARTE.

VIAJE DE RHODAS, JAFFA, BETLEM Y EL MAR MUERTO.

Ibamos en el navío cerca de doscientos pasajeros entre hombres, mujeres, niños y ancianos, y se veían otras tantas esteras bien arregladas á los dos lados del entre-puente. Un pedazo de papel pegado á las tablas del buque manifestaba el nombre del dueño de aquella estera que le servia de cama, y á cuya cabecera habia colgado cada peregrino su bordon, su rosario y una crucecita. Los papás que dirigian aquella gente, se alojaban en la cámara del capitán, á cuya entrada se habian dispuesto dos antecámaras: yo tenia el honor de alojarme con mis dos criados en uno de aquellos negros chiribitiles de cerca de seis piés cuadrados, y otro que estaba enfrente lo ocupaba una fa-